

Letras para el 60° Aniversario de la UM

Concurso Literario 2020

·TRABAJOS PREMIADOS·

- Poesías y Cuentos
- Acta Veredicto del Jurado
- Resolución de Rectorado





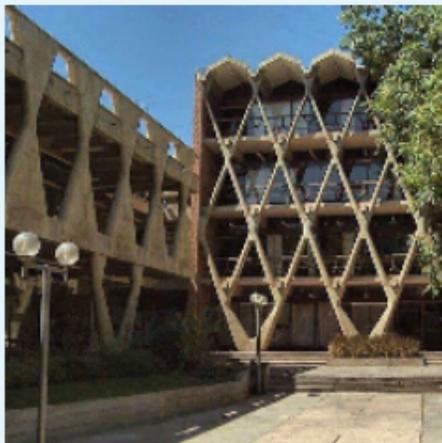
•Nuestras Autoridades•

- Rector Dr. Eduardo F. Luna
- Vicerrector Dr. Miguel Mathus Escorihuela
- Vicerrector Arq. Eduardo Salomón
- Secretario Académico Mgter. Ing. Osvaldo Marianetti
- Secretario Administrativo Dr. Alejandro Darío Manno

•Miembros del Jurado•

- Lic. Cynthia Ficarra
- Lic. Patricia Bruno
- Mgter. Lic. Maria Marta Arrieta Guevara





La Universidad de Mendoza convocaba...

... en este año tan especial con motivo de su Sexagésimo Aniversario a que toda la Comunidad de la Universidad: estudiantes, docentes, personal administrativo y personal de apoyo se expresara volcando sus ideas y sentimientos en creaciones literarias, teniendo la certeza de que sólo nuestra imaginación puede llevarnos más allá de cualquier realidad...

Cuando todavía el hombre no sabía escribir, ya su alma plasmaba sus alegrías, tristezas y necesidades en obras literarias creadas oralmente. Siempre la literatura ha sido el refugio del espíritu del hombre. En este momento, cuando no existe lugar seguro en todo el planeta, busquemos amparo en la magia de las letras. Sólo nuestra imaginación puede llevarnos más allá de cualquier realidad...

· Contenidos ·



Resoluciones de Rectorado

Página 3

Poesías ganadoras

Página 5



Cuentos ganadores

Página 8



• **Resolución de Rectorado N° 171/2020** •
Declarando ganadores del Concurso Literario “Letras para el 60° Aniversario de la UM”

Mendoza, 17 de septiembre de 2020

Visto:

Que habiéndose cerrado la última sesión del Jurado del Concurso Literario “Letras para el 60° Aniversario de la UM” y expedido los miembros del Jurado sobre la nómina de ganadores y

Considerando:

Que de acuerdo a las Bases y Condiciones que rigieron este Concurso, aprobadas oportunamente por Res. de Rectorado N° 59/2020, dirigido a toda la comunidad educativa de la Universidad de Mendoza se habían establecido tres categorías literarias: cuento, ensayo y poesía.

Que asimismo, para cada categoría se había fijado un Primer Premio, un Segundo Premio y una Primera Mención.

Que dichos premios consistirían: a) si el ganador del Primer Premio en cualquiera de las categorías literarias fuese personal docente, administrativo, de apoyo o maestranza, el mismo sería un monto reconocido de siete mil pesos; b) Si el ganador fuese un o una estudiante, el premio sería un reconocimiento del 25% del arancel mensual de su cuota durante los meses de octubre, noviembre y diciembre 2020.

Que en el caso del Segundo Premio: a) si el ganador fuese personal docente, administrativo, de apoyo o maestranza,

consistiría en un monto reconocido de seis mil pesos; b) si el ganador fuese un o una estudiante, en un reconocimiento del 20% del arancel mensual de su cuota durante los meses de octubre, noviembre y diciembre 2020.

Que en cuanto a las Menciones:, cada categoría literaria recibiría un Kit de Regalos de la Universidad de Mendoza. Por todo lo expuesto,

El Rector de la Universidad de Mendoza resuelve:

Artículo 1: Declarar ganadores en sus respectivas categorías a los siguientes concursantes:

Categoría Literaria: Cuento

Primer Premio : Sánchez, Melina - DNI 32.345.023

Segundo Premio : Politano, Mariana - DNI 37.876.558

Primera Mención : Gimenez Bottari, María Sol - DNI 39.021.317

Categoría Literaria: Poesía

Primer Premio : Pronce, Belén – DNI 44.625.864

Segundo Premio : Príncipe, Leandro – DNI 23.436.699

Primera Mención : Abarca, Carina R. - DNI 22.014.244

Artículo 2: De acuerdo a lo expresado en las Bases y Condiciones, los ganadores se han hecho merecedores de los siguientes premios:



Sánchez, Melina - DNI 32.345.023 - Docente de la ETEC: \$7.000 (siete mil pesos).

Politano, Mariana - DNI 37.876.558 - Estudiante del Profesorado para Profesionales, Sede Río Cuarto: Beca de 25% durante los meses de octubre, noviembre y diciembre de 2020.

Gimenez Bottari, María Sol - DNI 39.02.1317 - Estudiante de Medicina, FCM, Sede Central: Kit de Regalos de la Universidad de Mendoza.

Pronce, Belén - DNI 44.625.864 - Estudiante de Medicina, FCM, Sede Central: Beca de 25% durante los meses de octubre, noviembre y diciembre de 2020.

Príncipe, Leandro - DNI 23.436.699 - Docente de la Facultad de Ciencias de la Salud, Sede Río Cuarto: \$6.000 (seis mil pesos).

Abarca, Carina R. - DNI 22.014.244. - Estudiante del Profesorado para Profesionales, Sede San Juan: Kit de Regalos de la Universidad de Mendoza.

Artículo 3º: Disponer que, por las vías correspondientes, los ganadores sean notificados como así también a Tesorería de la Universidad para la aplicación de las Becas obtenidas en el pago de las cuotas de los siguientes tres meses en el caso de estudiantes, y acredite en el caso de los docentes el pago del premio. En el caso de los Kits de Regalos, los mismos serán entregados oportunamente, cuando se levante el distanciamiento social en la Provincia de Mendoza.

Artículo 4º: Los miembros del Jurado, abocados a la delicada tarea de ponderar las obras presentadas, trabajaron durante todo el proceso de evaluación, con total dedicación y solvencia profesional, aplicando criterios de análisis minuciosos y ecuanimes; respetando y apreciando la creatividad de todos los concursantes, por lo que merecen el profundo reconocimiento y agradecimiento de las autoridades de esta Casa de Estudios.

Artículo 5º: Publíquese y una vez cumplido archívese.

Dr. Eduardo F. Luna
Rector
Universidad de Mendoza

• El Concurso en números •

Los trabajos presentados y admitidos para su ponderación fueron:

- 23 Poesías
- 25 Cuentos
- 1 Ensayo



Letras para el 60° Aniversario de la UM

• POESÍAS GANADORAS •

1º, 2º Premios y 1º Mención





INCERTIDUMBRE

La Duda acecha
Agazapada, sagaz
Descontrolada arrasa,
Destroza y asfixia

Informados en desinformación
Circulación congelada
Datos sin certeza y
Desesperación.

Adaptabilidad racional
Se torna en tibieza.

Primer Premio:
Belen Ponce,
Estudiante de Medicina,
Sede Mendoza.

PRESENCIA - AMOR

Presencia
El viento parece acercar
la suave dispersión que insiste
detrás de las cosas.

Llamada abierta.
El ocaso se desangra en llamas
que cubren la lejanía
y mis manos se deslizan en vos
y aprietan lo que queda del instante.

Amor

Cae.
Se derrama.
La densidad
de lo tenue.

De vos
llega
lo que envuelve el furor,
el sol-aspirante
que me resplandece
y te abre a mí.

La noche queda lejos
como quien mantiene en
la distancia
lo ya visto.

Segundo Premio:
Leandro M. Príncipe
Docente de la Facultad de
Ciencias de la Salud,
Sede Río Cuarto.

AMORFODOS

¡Cuánto me confundes amor!
¡Vienes y vas,
incansable, apasionado,
audaz, vivaz, osado...o...
descolorido, mustio y desierto!
¡De extremo a extremo,
noche y día
cielo e infierno!
¡Cómo me arrastras,
me desintegras!
Me llevas de la nube al suelo,
del fuego al hielo.
¡Sin piedad me desangras!
¡A veces morir quiero...!

Y gota a gota de mi sangre,
y hasta mi último aliento,
dejaría mi alma,
mis últimos despojos... y aun así...
¡Dios me perdone...
por sentir lo que siento!
ya que de este laberinto,
no sé si quiero o...
si salir puedo.

Primera Mención:
Abarca, Carina R.
Estudiante del Profesorado
para Profesionales, Facultad
de Ingeniería, Sede San Juan.

· Acta Veredicto del Jurado · Concurso Literario "Letras para el 60º Aniversario de la UM"

El primer reconocimiento que desean expresar los miembros del Jurado es de agradecimiento y felicitaciones a todos los concursantes que respondieron a la convocatoria de la Universidad de Mendoza, al celebrar sus 60 años de vida institucional.

Los miembros luego de leídos los trabajos y realizado sus evaluaciones, dan sus opiniones y deliberan hasta alcanzar una decisión unánime. Se contabilizan las puntuaciones concedidas a cada obra presentada según la categoría literaria, y surgen los ganadores.



Letras para el 60° Aniversario de la UM

· CUENTOS GANADORES ·

1º, 2º Premios y 1º Mención



LAS DIFERENCIAS

Primer Premio:
Sánchez, Melina. Docente de la ETEC.

Hacía un calor insoportable, de esos que logran que las paredes transpiren. Mamá estaba en su salsa, literalmente. Los domingos en casa, se comía pasta y eso era indiscutible. La olla del tuco hervía a borbotones salpicando la cocina entera y el ventilador removía ese aire cargado de aromas mezclados a morrón, orégano y salsa de tomate. Todavía no teníamos aire acondicionado así que a esa hora se cerraban puertas y ventanas y comíamos a la luz blanca de las lámparas bajo consumo que resultaban toda una novedad. Papá orgulloso del descubrimiento que había hecho con esos focos, recitaba una y otra vez los beneficios del ahorro, y mamá no estaba muy conforme, porque la 'nueva luz' dejaba al descubierto pegotes viejos, pero sobre todo parecía como si la cocina de repente no tuviera más secretos, y eso prácticamente significaba ver directo sobre el alma de mamá. Todo estaba a la vista debajo de los 100 W. por cada lámpara que coronaba la mesa.

Justo antes de sentarnos a almorzar, sonó el teléfono. La campanilla del artefacto hacía saltar de la silla a cualquiera que estuviera a 20 metros a la redonda,

pero papá no quería modificarle el volumen, ni siquiera tocarlo, porque decía que si metíamos mano, el aparato 'se descompaginaba'. Papá odiaba que llamaran a la

hora del almuerzo, de hecho, él no atendía en la franja desde las 12 hasta las 17 en un afán por construir alguna especie de ritual. Domingo: almuerzo familiar, pastas en invierno y en verano. Todos debíamos sentarnos a la mesa y no importaba la hora a la que nos hubiéramos acostado el sábado anterior. A las 13 sumergía su tenedor en la salsa rojo anaranjada con grandes gotas de aceite para pescar la pasta que tocara, de acuerdo a la época, claro. Si era principio de mes el plato rebalsaba de ravioles o sorrentinos con distintos rellenos, desde el 20 en adelante, fideos. Algo similar sucedía con la administración del queso rallado. Toda esa mecánica gastronómica al único que lo ponía contento era a él. El teléfono gritaba frenético. Papá se levantó a atender. Mamá me dirigió una mirada fulminante: ¿por qué no atendés vos? Si sabés que odia que llamen



a esta hora, quién lo va a aguantar con la jeta por el piso mientras comemos, o acaso vos no querés también tener un almuerzo en paz, porque el último almuerzo en paz que yo tuve fue en 1989, entonces hacelo por mí, aunque sea. Todo eso me dijo mamá con la mirada.

- Hable. Sí. Ya le paso. Y recuerde señorita que esta es una casa de familia y estas no son horas de estar llamando. Desplegó su discurso de patriarca mientras soltaba el tubo y lo dejaba sobre la mesita de madera. Se hizo un silencio solemne en el que sólo se escuchaba el motor del ventilador pidiendo piedad y el hervor de las ollas. Ya 'le' paso. ¿A quién se habría dirigido con tanta formalidad? 'Señorita'. Si le estaban ofreciendo algún servicio, no hubiera hecho esperar. Una vez que se sentó de nuevo, sin siquiera mirarme, me hizo el gesto con la cabeza: Es para vos. Alguna de esas mocosas que siempre te llaman a la hora indeseada. Ya no tienen respeto por nada. En mi época, ni se nos ocurría andar molestando hasta las cinco de la tarde. Será de Dios... Todo eso me dijo con ese gesto.

- Hola - Respondí casi en voz baja

- Hola Maruuuuu, soy Many. ¿Qué estás haciendo? - Su voz relajada contrastaba con el clima espeso que había detrás de mí.

- Estoy por comer, ¿vos? - le dije medio nerviosa, medio con ganas de seguir charlando. Many era mi mejor amiga. Cualquier episodio trivial con ella se

transformaba en una aventura desopilante.

- Uuuu, bueno, te hablo rápido. Mañana nos vamos a Necochea unos días. No me pienso comer el alto embole de viajar con mis hermanos. Así que le dije a mi mamá que yo viajo sólo si vos venís con nosotros - Many tenía esa personalidad. Era capaz de plantarse ante cualquier persona simplemente para decir NO. Incluso hasta con sus padres. Era valiente y desfachatada. - A la tarde te vuelvo a llamar para avisarte a qué hora te vamos a buscar. Un beso a Peter. (Peter: Pedro. Mi papá).

Mil sensaciones se me pasaban por la cabeza. Toda la paleta de emociones que tienen que ver con la felicidad me atravesaron. No conocía el mar. Conocía la arena por mi tío Cacho, porque era albañil y lo ayudó a papá a terminar de construir la casa. De repente me invadió una profunda angustia. ¿Viajar? En mi familia no nos dábamos ese lujo. Nunca habíamos salido de vacaciones. ¿Cómo me voy a ir yo a la playa mientras mi mamá y papá se quedan acá trabajando? ¿Quién la va a ayudar a mamá a lavar los platos? Además, no tengo valija. Hay por ahí perdido un bolso Adidas de varios colores que quedó de las buenas épocas, pero tendría que buscarlo. Tengo una sola malla. Y si me quiero comprar un helado o alguna cosa, voy a necesitar plata. Se me llenaron los ojos de lágrimas.



Mamá, que siempre encuentra soluciones para todo, le pidió plata prestada a la tía, y a la abuela. Habló con Carmencita, la dueña de la boutique del barrio y arregló que nos abriera el local para comprar una malla de emergencia, Carmencita accedió y se la cambió por una torta para el cumpleaños del hijo. Mezclamos el poquito de champú que quedaba en la botella con un poco de detergente. Y refregué enérgicamente, con jabón blanco, el bolso colorido (sobre todo en la parte que decía Adidas) para que quedara impecable.

Me divertí muchísimo. Traté de absorber cada partícula de viento, de guardarme el olor a sal. Había tardes que me sumergía con los ojos en la inmensidad y la bravura del agua y quedaba absorta ante tanta belleza. Many me cargaba y decía 'Dale Alfonsina, vamos a comprar un churro'. Caminábamos hasta el carrito y en ese trayecto yo me sentía igual a ella. Las dos en patas comiendo un churro y cambiándole la letra a las canciones. Despojadas de todo lo demás. Ella nunca notó las diferencias, o al menos, si lo notaba se hacía la tonta.

EL DÍA QUE LA TIERRA SE PARÓ

Segundo Premio:

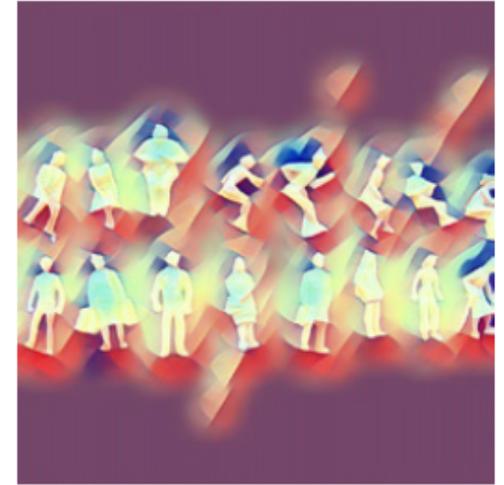
Mariana Politano,
Estudiante del Profesorado Para Profesionales,
Sede Río Cuarto.

Empezó un sábado a las cinco de la tarde, que como cualquier sábado a las cinco de la tarde, Malena sacaba a su perro a dar una vuelta a la manzana y se cruzaba a Pablo, que volvía de su trabajo en la estación de servicio. Como cada sábado a las cinco de la tarde, Norma y Laura, dos amigas que se conocían desde hace más de treinta años, se juntaban a tomar el té, como un acto simbólico de la perduración de su amistad en el transcurso del tiempo. Don Miguel, sacaba el bizcochuelo del horno, para esperar los mates con sus hijos y escuchar las hazañas del jardín de su nieta Paloma. Como cada sábado a las cinco de la tarde, volvía a mi casa después de haber recorrido en bicicleta con mis amigas todas las librerías del pueblo buscando alguna revista que nos llamara la atención. Era sábado, a las cinco de la tarde, y todos estaban haciendo lo que normalmente hacían, disfrutando del ocio del fin de semana o terminando la jornada laboral.

Ese sábado de otoño cálido, cuando el reloj de la iglesia frente a la plaza central dio la quinta campanada anunciando las cinco de la tarde, toda normalidad conocida hasta el momento se detuvo. Los autos que avanzaban en el semáforo se inmovilizaron de forma inmediata, los peatones se petrificaron como muñecos de torta, y hasta los perros se quedaron como estatuas. Un lapsus de tiempo y espacio que quedó plasmado como una fotografía, como un video que se detiene de golpe. En pausa, todo, todos. Ante tal situación de verse atrapado en su propio cuerpo, el pánico fue el primero en tomar partido. La sensación de pérdida de control, la incomodidad por las posiciones en las que algunos habían quedado, el caos que generaba ser consciente de lo que sucedía y no poder hacer nada, generó en los habitantes del mundo el estado de desesperación menos caótico y silencioso que jamás se había vivido en la historia de la tierra. La desaparición de los sonidos y los susurros provocó un silencio petrificante, cada quien gritaba dentro de su envase y nadie podía oírlo.

Por primera vez, se podía observar con detenimiento y de forma consiente lo que cada uno era capaz de hacer, se podía mirar a los ojos sin distracciones, sin miedos. Para muchos el tiempo se detuvo en la cotidianidad de su día a día, mientras que para otros esta mala jugada temporoespacial significó un cambio en su modo de ver las cosas.

Pato, que viajaba de pie en el colectivo de la línea cinco, pudo observar que su novia, había enviado un último mensaje a su grupo de amigas que rezaba "no me quiero casar". Momento oportuno, a dos meses de su boda. Mili corrió una suerte similar, ya que el congelamiento temporal la encontró de pie detrás de su novia, y pudo ver cómo tenía conversaciones bastante subidas de tono con una compañera de trabajo. Justo ahora, que hacía poco tiempo que habían decidido convivir. Lucía sintió que una lágrima de felicidad corría por su mejilla, debido a que el tiempo se detuvo en su vida, en el momento en que se enteraba que después de muchos intentos, al fin, estaba embarazada. Mientras que su marido, sentado frente a ella sólo podía sentir duda, debido a que no sabía si la lágrima era de felicidad o de desilusión nuevamente. En otro lugar del mundo, la lágrima que corrió por otro rostro no significó lo mismo, porque para Mila, estudiante de posgrado, ese positivo, era un cambio para el que no estaba lista.



Cande, quedó mirando a su vecino por la ventana mientras él cocinaba, dicha vergüenza le había teñido las mejillas de carmín haciendo imperceptible sus características pecas. Polo, se detuvo por primera vez a mirar a su vecina Cande, siempre la cruzaba en la escalera y sabía que iban juntos al mismo gimnasio. Nunca había notado lo lindas que le quedaban las pecas. Martín y Lucas, quienes después de años de esconder su amor con amistad, sellaban con su primer beso ese momento, cuando sucedió la pausa temporal. Ese beso, sí parecería para siempre.

Y así, el tiempo encontró a personas viendo a la cara a quienes estaban por robarles en la calle, o prestando atención a detalles insignificantes que formaban parte del día a día y que nunca nadie se detenía a mirar. El olor de la comida casera recién hecha, o las flores del jardín en la casa de la abuela. Muchas miradas de colectivo que se cruzaban y por primera vez se detenían a ver. Todos se habían visto obligados a ver esos momentos que la rutina les había convertido en mundanos, en invisibles.

A mí, ese sábado a las cinco de la tarde, me encontró entrando a mi casa después de estar con mis amigas recorriendo librerías. Me encontró entrando con una sonrisa a mi casa, aunque por dentro me gritaba el alma. La escena del pasillo enunciaba una tragedia, eran mis padres, uno frente al otro. Mi padre elevaba el

brazo a mano abierta y la cara de mi madre sólo reflejaba miedo. Jamás me había sentido tan descolocada, tan fuera de mi cuerpo, estaba viviendo una experiencia extracorpórea, esos no eran mis padres, esa no era mi historia. En mi casa el tiempo se detuvo en un momento que jamás había sabido que sucedía, en una situación que nunca había visto. El cachetazo de realidad me dolió más a mí de lo que probablemente dolería el que hubiera recibido mi madre. Todavía puedo sentir el dolor en la garganta por intentar gritar, por intentar detener esa situación, mientras en mi cara sólo había una sonrisa. Recuerdo la lágrima que brotó en los ojos de mi mamá cuando me vio llegar, cuando fue consciente de que era testigo de semejante verdad. Mi padre por primera vez, había podido ver el miedo, la angustia en los ojos de mi mamá, había visto su reflejo y la expresión descolocada de su rostro. Se había visto reflejado en su peor versión, y al verme a mí se sentía avergonzado, diminuto.

Nunca supimos cuánto tiempo pasó. Algunos lo sintieron como una hora, otros afirman que fue sólo un instante. Muchos medios vendieron la noticia como un experimento fallado de la NASA, otros aseguraban que había sido una experiencia extracorpórea comunitaria. Algunos lo tomaron

como un dejavú, y los más escépticos, se atrevieron a decir que no se dieron por aludidos de lo sucedido. Lo que todos teníamos en claro, era que nada volvería a ser lo mismo. Porque ese día, todos habíamos visto verdades, todos habíamos entendido, que la esencia de las cosas es independiente del tiempo. Aquel día, cuando el tiempo decidió reanudarse, una catarata de decisiones atacó el sistema. Se registró un aumento mundial en el número de renuncias, algunos valientes apostaron a hacer lo que siempre quisieron con sus vidas, y otros valientes se animaron a pedir ese aumento que tanto querían. Disminuyeron las tasas de depresión, la gente salía a la calle a disfrutar de lo que quería hacer, por miedo a que el tiempo se detuviera y no los encontrara haciendo lo que tanto querían. Aumentaron las reuniones entre amigos, los cambios de look espontáneos, los tatuajes en personas mayores de sesenta y los viajes a destinos desconocidos. Aumentaron las horas de recreación y el número de abrazos. De algo estábamos seguros, nadie terminó ese día de la misma forma en que lo empezó. Nada volvió a ser lo mismo. Porque el día que la tierra se paró, todos tomamos conciencia de que la tierra necesitaba ese basta, ese golpe de realidad. Mamá y yo, nos fuimos de casa esa noche. El día que la tierra se paró, fue el día que nuestra vida comenzó.



INEVITABLE DEVENIR

Primera Mención:

Gimenez Bottari, María Sol
Estudiante de Medicina, FCM, Sede Central.

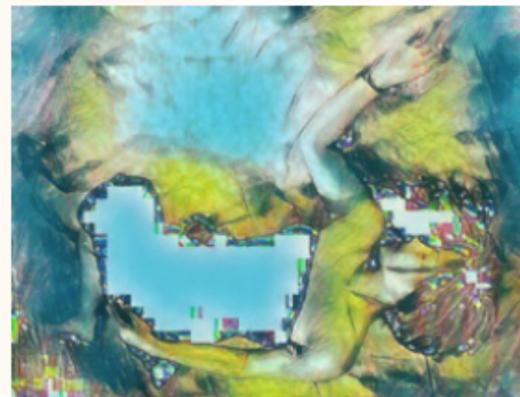
Liz, como solían llamarla sus padres, se encontraba completamente desorientada. No lograba comprender qué estaba sucediendo. Intentaba mantener sus grandes ojos cerrados y apretaba sus puños con empeño deseando despertar, pero eso no ocurría.

Esta historia comenzó el día en que sufrió un terrible accidente al caer de una avioneta que ella misma piloteaba. A partir de ese 9 de Septiembre, la vida de la joven cambió radicalmente al ingresar en un estado de coma profundo, el cual la condujo a un mundo fantasioso del que era protagonista.

La adolescente de tan sólo 17 años de edad, tenía una hermosa cabellera de rizos dorados que llegaban hasta su cintura, sus ojos eran color café, menudita y no pasaba el metro sesenta de estatura. Era de aquellas personas con una fuerza extraordinaria, capaz de afrontar todo conflicto que se interpusiera, poseía una creatividad asombrosa y deslumbraba con su aspecto angelical y esa sonrisa compradora. Pero todas aquellas cualidades quedaron atrás cuando despertó esa mañana en un mundo que desconocía por completo sentada en lo que parecía ser el piso de madera de una habitación luminosa.

Tomó coraje y decidió que era tiempo de explorar e investigar qué estaba ocurriendo. Al salir del cuarto se percató que se encontraba en una acogedora cabaña en la cima de una montaña, en alguna parte de ese nuevo mundo. Desde la misma podía observar un pequeño río que iba en descenso hacia la parte más llana de esa tierra, cubierta por lo que serían miles de arbustos frondosos que comprendían distintas tonalidades de verde. No había rastro de la presencia de algún otro ser que estuviera cercano a la zona, lo cual le resultaba sumamente tenebroso y lograba ponerle la piel de gallina.

Estuvo encerrada allí por 3 días, agobiada por la ausencia de algún elemento que le resultara conocido. Al final, guiada por el hambre que llegaba a darle retorciones a nivel de



su vientre, se propuso que era momento de explorar un poco más. Decidió emprender su búsqueda a lo largo del río, ya que a su criterio era el único camino que le resultaba seguro para volver al punto de partida en caso de que se extraviara.

Su expedición se iba tornando más extensa de lo que aparentaba en un inicio, y cada vez que descendía un metro le resultaba más dificultoso poder volver atrás, aunque desconocía la causa de ello. Agotada ya de tanto andar, tomó la iniciativa de reposar en la base de un árbol que veía bastante cómodo a diferencia de sus semejantes y que además había logrado llamar su atención por ser el único con flores que no había visto nunca antes, del tamaño de una nuez y un color magenta que hubiera atraído a cualquiera que anduviese por ahí cerca, percibía su exquisito olor pero no era capaz de descifrarlo. Fiel a su esencia eligió no extraer ninguna de ellas, considerando que la belleza de lo que percibía debía permanecer inalterable.

Debido a que el sol se estaba escondiendo, prefirió esperar a la mañana siguiente para continuar su viaje y reposar bajo la copa de dicho árbol.

Al amanecer, despertó sobresaltada por los infinitos cuestionamientos que atormentaban su cabeza. Ya 8 días habían transcurrido desde que ingresó en ese plano, pero su travesía aún continuaba y ella permanecía sin tener del todo claro qué estaba sucediendo. Luego de unos segundos, recobró la

calma. El sol ya había salido por completo y una suave brisa golpeaba su pálido rostro, cuando de pronto comenzó a oír una dulce melodía. Seducida por aquellas notas, se dispuso a ir en busca de su origen, y no tardó en hallarlo.

Se trataba de una aldea pintoresca cercana al citado río, cuyas viviendas variaban en una amplia gama de colores, construidas de madera y techos de paja, daban a uno la sensación de ser hogares acogedores.

En el centro de la misma se encontraba un grupo de cuerpos danzantes que a juzgar por lo que Liz observaba, tendrían alrededor de 16 a 20 años de edad. Formaban un círculo, rodeando una fogata cuya llama hacía brillar la viva luz de sus ojos. Acompañaban su reunión con una balada que endulzaba aquel momento. Poseían llamativos instrumentos de percusión y algunos otros con cuerdas para marcar el ritmo que escoltaba sus inocentes voces.

Los jóvenes no tardaron en darse cuenta que Liz los miraba atentamente detrás de un matorral.



Desconcertados, en primera instancia, decidieron dar aviso a los demás habitantes del poblado, por considerarla una extraña e ignorando a lo que se enfrentaban. Comenzó a sonar con fuerza el sonido emitido por un cuerno de cabra que dejó paralizada a la joven muchacha. No tardaron en capturarla debido a que no opuso ningún tipo de resistencia. Se hallaba atónita por la situación en la que se había involucrado. Cuando recuperó la tranquilidad, intentó explicarles que su presencia no representaba ninguna amenaza, pero cegados por el miedo los pueblerinos hacían caso omiso de su historia. Permaneció varios días en una celda que destinaban a la captura de animales, donde lo único que recibía era agua de un trapo húmedo. No fue hasta que un joven de unos 19 años, de cabello lacio color chocolate y tez morena, se dejó llevar por la curiosidad que representaba la adolescente y decidió acercarse a la misma para interactuar con ella. Oscar era muy intuitivo y empático. Solía tener muchos amigos y todos en la aldea lo adoraban. El muchacho había crecido huérfano a causa de un incendio que hubo algunos años atrás que terminó con la vida de sus padres.

Al principio les costó comunicarse, pero ni bien comenzaron a conversar de forma más fluida el lazo se fue afianzando. Pasaron los días, Oscar continuaba yendo a visitarla y comenzó a llevarle alimentos para

que Liz recuperara su energía, y como se encontraba deshidratada le otorgaba un jugo que realizaba con una receta de su abuela, mezcla de mandarina, coco y algunas especias que contribuían a ese secreto familiar. El pueblo aún no se fiaba de la presencia de Liz, por lo que Oscar no se atrevía a confesarles de sus encuentros. El vínculo entre ellos se iba consolidando bien transcurrían los días. La honestidad y la comprensión se volvían pilares centrales en su relación. Sabían tanto uno del otro que parecía que se conocieran desde hace una eternidad. Pero eso no era suficiente para ganarse la confianza de los lugareños. No fue hasta que una noche, uno de los cabecillas de la aldea se enfermó, que la situación pudo mutar. Da la casualidad que Jorge, el afectado, fue uno de los habitantes que se hizo cargo de Oscar cuando sus padres fallecieron, por lo que se tenían mucho cariño y respeto. Había adquirido un estado febril que no descendía de ninguna manera, se encontraba sudoroso, pálido, inapetente, tenía escalofríos y en momentos parecía perder la cordura. Ignoraban el origen de la afección, sus medicinas parecían no dar lugar a resultados y todas las medidas que implementaban eran ineficientes.



Oscar apenado por lo que transitaba su mentor, corrió en busca de consuelo en aquella foránea que le había prestado atención en el último tiempo. Se sentía sofocado y algo desconcertado. Tardó varios minutos en serenarse para proceder a poner a Liz al corriente de los acontecimientos.

Para su suerte, Elizabeth era nieta de un reconocido médico naturista de la ciudad en que vivía y desde pequeña le había transmitido su pasión por el cuidado de la salud. Fue afortunada de aprender a su lado, previo al infortunio que se llevó consigo su conciencia. A pesar de ello, sus conocimientos seguían intactos y estaba dispuesta a colaborar para poder sanar al aquejado.

Oscar tuvo que enfrentarse al consejo del pueblo y fue un gran desafío obtener la oportunidad de demostrar que Elizabeth era no más que muchacha con buenas intenciones. A falta de alternativas, los miembros del consejo accedieron con la condición que si Jorge no sobrevivía, ella sería sometida a lapidación.

Liz segura de sí misma, decidió aceptar el reto. Estuvo varias horas analizando al paciente y evaluando qué elementos serían necesarios para finalizar su dolor. Repentinamente, un recuerdo fugaz vino a su mente. Se trataba de un niño que había sido atendido por su antepasado cuando ella tenía tan sólo 13 años, pero que debido a la gravedad de la infección que había

contraído el chico, había quedado grabado en su memoria. Era un cuadro muy similar al que padecía el cabecilla, no obstante los recursos que poseían no eran tan avanzados como los que su abuelo había tenido acceso en aquel entonces.

Obstinada como solía ser, no se dejó derribar por esa carencia y decidió improvisar. Entendía que debía frenar el agente causal de la infección, pero ignoraba el modo. Tampoco estaba muy segura de que el tratamiento aplicado en ese niño fuera a funcionar en un adulto, pero estaba dispuesta a probarlo.

Con empeño, se puso en busca de 3 tipos de plantas diversas que había observado previo a ser capturada. Uso los frutos de Gayuba, las flores de un Ortosifón y las hojas y raíces extraídas de algunos Dientes de león. Los trituró con la ayuda de un mortero y luego realizó una infusión con ellos. Dio de beber esta pócima por 5 días consecutivos a Jorge. Conforme su sistema iba incorporando esos componentes, sus signos y síntomas iban disminuyendo.

A su favor, Jorge en una semana parecía estar completamente sano. Los demás nativos estaban asombrados de las habilidades que había demostrado

tener la intrépida. Poco a poco se iba integrando a la pequeña comunidad. Cada instante, era una ocasión para adentrarse en sus vidas. Así, fue creando nuevos lazos y sintiéndose más a gusto en este nuevo hogar. Dos años habían transcurrido ya. La joven Liz era considerada una pueblerina más. Continuaba incursionando en medicinas alternativas e incluso llegaron a nombrarla Curandera. Su relación con Oscar había trascendido. Llevaban varios meses conviviendo juntos y sus sentimientos eran mutuos. El bienestar y el cariño parecían ser cuenta corriente en la vida de la pareja. No obstante, el mundo en el que habitaban solía estar en constante evolución y no paraba de sorprenderlos con nuevas aventuras.

Era una mañana de Junio, las hojas aun caían de los árboles, sus pigmentos iban de un notable amarillo oro a un cobre rojizo y los días cálidos de verano habían desaparecido. Inesperadamente, llegó a la aldea una anciana de apariencia algo escalofriante. Su cabello gris platino algo desmelenado, sus ojos negros azabache y sus arrugas bien marcadas. Acorde a las temperaturas de la estación, vestía un poncho de una tonalidad oscura que contrastaba con su plateada cabellera. Traía consigo un pedazo de madera que utilizaba de soporte para cargar el peso de su giba.

El ladrido de los perros alertó al consejo del pueblo, quienes salieron a su encuentro. No se hallaban

sorprendidos en lo absoluto. Hasta se podría decir que anhelaban su llegada. Se trataba de una vieja mujer que solía aparecer cada muchas vueltas al sol con alguna ofrenda para los lugareños, por lo que siempre era bien recibida.

Esta visita no era como las demás, pero aún ellos desconocían sus intenciones. Aisa, como la conocían, no traía nada consigo esta vez, excepto por la excusa de pasar un invierno un poco menos duro que en el lugar donde ella vivía.

Esa misma noche, recibieron a la anciana con un fogón y los más deliciosos frijoles que hayan podido probar. Sonaron cánticos y acompañaron los mismos con diferentes tipos de bailes tradicionales. Pocos motivos requerían la reunión de todos los integrantes del poblado, pero siempre se encontraban dispuestos a celebrar.

Aisa, inquieta ante la presencia de Elizabeth, pidió a un niño que estaba sentado a su lado, que trajera ante su persona a la intrusa.

Liz, curiosa y algo turbada, fue a su encuentro. Su conversación no fue muy larga ni tampoco muy trascendente. Simplemente se presentaron una a la



otra y la charla concluyó con pequeño intercambio de palabras. Era notorio que la anciana prestaba atención a cada dicho de la joven. Además, el resto de la velada no hizo más que seguirla con la mirada a cada paso que daba.

Una semana después de su aparición, la experimentada mujer invitó a Elizabeth a tomar el té en la choza en la cual se estaba hospedando. Esa tarde, Liz llevó unos frutos que había recolectado especialmente para la ocasión. La vieja encantada con la actitud que había tenido, acompañó esas delicias con una infusión de hierbas que sólo ella conocía.

Un interrogatorio sobrevino después de finalizar la colación. Liz respondió con suavidad y tranquilidad a todas aquellas interpelaciones sin percibir cual sería el desenlace. Previo al momento de partir nuevamente a casa, la anciana manifestó el por qué de su invitación a esa tarde tan grata. Lo cual dejó en un estado de confusión inmensa a la adolescente. La añosa mujer declaró saber el modo mediante el cual ella podía volver a despertar. No era sencillo, ni mucho menos una simple decisión. Se trataba de cortar una flor color magenta de aquel árbol en el que una vez se dispuso a descansar antes de su arribo a la aldea y del que nunca había podido olvidar su perfumado aroma.

Si era capaz de mantener la flor con vida en el gélido invierno que se aproximaba, iba a tener la posibilidad

de volver a los brazos de sus familiares. Una vez finalizada la estación, debía masticar la misma y a juzgar por lo que la anciana explicó, eso haría que se desvaneciera de este plano. La solución no era tan fácil.

El hecho de que lograra su cometido, implicaría olvidar por siempre el tiempo transcurrido allí, sus sentimientos por Oscar, sus nuevos amigos e incluso su nueva familia, como ella los consideraba.

A partir de ese entonces el tiempo parecía no avanzar, los minutos se volvían horas y los días perdían su interés. La osadía, la tenacidad y la perspicacia eran valores que no ejercían poder alguno a la hora de elegir este nuevo camino a emprender. Su apego y adoración habían crecido a tal punto que nublaban su juicio.

Lentamente, el reloj avanzaba y no hallaba solución a este conflicto. Su esperanza pendía de la flor que custodiaba. Sus relaciones se volvían tensas y cientos de temores la inundaban. Había perdido el apetito y un combo de nerviosismo y ansiedad invadía su cuerpo. Las noches se volvieron el momento menos deseado del día, debido a que el silencio daba lugar a que sus reflexiones divagaran.

Dos días faltaban para la fecha que definiría el porvenir. Eludir los hechos no era una opción vigente. Este lapso de meditación, había servido para convencer a Elizabeth que el camino correcto era continuar con esta nueva existencia que tan fascinada y atraída la tenía. Conforme a su decisión, dejó de proteger a la bella flor. Esta última rápidamente empezó a marchitarse y sus pétalos comenzaron a caer. Su tallo se volvía de un matiz oscuro y el pigmento de las hojas un rosa viejo algo tétrico.

Finalmente, el día llegó. La luz del crepúsculo envolvía a la aldea. Aisa llamó a su puerta en busca de una respuesta. Al ingresar se percató que de la magnífica flor que había poseído en un principio, sólo restaba un frágil tallo y un único pétalo unido a él. Atormentada e incluso algo desilusionada por el descuido frente a ese objeto tan delicado, tomó la iniciativa de llevársela consigo.

Liz afectada por la reacción de Aisa, cortó rápidamente la hoja que permanecía unida y sin pensarlo la introdujo en su boca. Como si fuese un acto de rebeldía comenzó a mascarla y cuando disuelta en su saliva formaba una pasta, la deglutió. El regusto amargo en las papilas era inequívoco. En los minutos siguientes parecía no ocurrir absolutamente nada y los ojos de la joven se llenaban de preguntas.

Aisa se sentó en un pequeño banquito de leño sin emitir palabra alguna y le tendió la mano. Su visión iniciaba a desvanecerse, sentía su boca seca y áspera, las piernas le tambaleaban y un frío recorría cada célula de su organismo. Poco a poco sus sentidos comenzaban a detenerse. Sus pensamientos se volvían inestables y no era capaz de realizar ningún movimiento. No tardó demasiado en desplomarse. Sus ojos se fueron cerrando más allá de sus esfuerzos. Se hundió en la profunda y helada oscuridad. Comprendió que había interactuado con la mismísima muerte.



· ENTREGA DE PREMIOS ·

Los primeros y segundos premios que representaban un estímulo en efectivo para docentes y descuento en las cuotas de octubre, noviembre y diciembre para estudiantes ganadores, fueron aplicados a través de la gestión de Tesorería de la Universidad según lo anunciado en las Bases y Resoluciones de la UM.

Los premios a las Menciones especiales, consistentes en Kits de Regalos, serán entregados en un acto de premiación, cuando sea posible y esto en función del protocolo de distanciamiento social debido al SARS Cov-2.





Las autoridades de la UNIVERSIDAD DE MENDOZA, agradecen a los miembros del Jurado quienes trabajaron con total dedicación y solvencia profesional, aplicando criterios de análisis minuciosos y ecuánimes; respetando y apreciando la creatividad de todos los concursantes.

- Lic. Cynthia Ficarra
- Lic. Patricia Bruno
- Mgter. Lic. Maria Marta Arrieta Guevara

Sede Central

Boulogne Sur Mer 683. CP 5500. Mendoza,
Argentina
+54 261 4202017

